



Jaume Funes

Psicólogo

adolescencia@jaumefunes.com

Entre la diversidad de personas adultas perplejas que rodean a los adolescentes surgen cotidianamente posturas enfrentadas sobre su educación. En la escuela hay quien piensa que basta con intentar enseñarles algo, aunque ellos y ellas no estén por la labor. Muchos ciudadanos adultos se inclinan por proclamar que los adolescentes de hoy son maleducados e ineducables.

Hace unas décadas que tenemos adolescencia obligatoria y variedad de adolescencias. Conviene

asumir que se trata de una verdadera segunda etapa educativa de la vida. Lo que viene a significar que todavía necesitan a las personas adultas y, a la vez, que las necesitan de otra manera, con otra relación, con otra forma de educar. Se acaba la tutela y comienza la autonomía responsable, pero no la libertad en soledad.

Nuestro desconcierto ante ellos y las crisis que provocan sus formas de ser y aprender (subsidiarias algunas de su inmersión en la sociedad de la comunicación) hacen que proclamemos la imposibilidad educativa o que queramos recuperar viejas glorias de la enseñanza. Vuelven las reclamaciones de la *lógica de la materia*: las mates o la lengua se enseñan como se han de enseñar, sea a adolescentes o a niños. De nuevo discutimos sobre la importancia de los *contenidos* con independencia de su relevancia en la construcción del saber en una persona con derecho a enamorarse. Invocamos el *esfuerzo*, pero no somos capaces de decir si se trata de algo diferente de concentrarse delante de unas páginas. Para justificar suspensos o buenas notas nos embarcamos en la consideración del *mérito* como si fuera igual la adolescencia de quien tiene presente enriquecido y futuro positivo de la quien disfruta lo poco

que puede en el presente y opta por no pensar en un futuro imposible.

Nos iría bien no confundir nuestra crisis de docencia con una supuesta crisis de adolescencia. Podemos y debemos trabajar mucho sobre innovación educativa, pedagógica, didáctica, pero debemos acordar previamente cómo ha de ser nuestra relación educativa (de educación en la escuela a partir de la presencia, la relación, el clima institucional y los aprendizajes) con ellos. Ya no volverán unos «buenos» alumnos (que nunca existieron) ni es demasiado viable pensar pactos sobre la escuela basados en contenidos y autoridades. Sugiero que recordemos cómo son los chicos y las chicas de nuestros pasillos y aulas, y nos pongamos de acuerdo, al menos, en:

- Definir una buena escuela secundaria adolescente. Sabiendo que es su territorio, que en él practican sus adolescencias, que tienen sus deseos de saber, que aprenden de manera singular, que somos más útiles ayudando a integrar conocimientos que concentrándonos en transmitirlos, que...
- Recordar que todo buen adolescente aprende por experimentación, que no puede ser activo en la vida y pasivo en la escuela. Que, para todo, se trata de ayudarlos a adquirir experiencia de su experimentación. Que si su vida es grupo, el acceso al conocimiento y las tareas de aprendizaje no pueden ser puro individualismo.
- Aceptar que fundamentalmente necesitan adultos próximos y positivos. Tutores y tutoras con ganas de hacerlo, educadores de otros sistemas, padres y madres angustiados pero razonables, etc. Construyamos una red razonable de personas que observan positivamente sus mundos, que están disponibles y cercanas para acompañarlos.

Hace unas décadas que tenemos adolescencia obligatoria y variedad de adolescencias. Conviene asumir que se trata de una verdadera segunda etapa educativa de la vida. Nos iría bien no confundir nuestra crisis de docencia con una supuesta crisis de adolescencia.

GUÍA RÁPIDA PARA FUNCIONAR COMO PADRES Y MADRES DE ADOLESCENTES (Imprimir y dejar en la mesita de noche)

Jaume Funes¹

1. Siguen necesitando padres, madres, uno o los dos. No pueden seguir su adolescencia en soledad. Aunque nos gustaría descansar, no se ha acabado nuestra tarea educativa. Se emancipan desde la seguridad.
2. Servimos para que practiquen el rebote pero también para educarlos. Necesitan saber en qué confiamos, qué pretendemos, cual es nuestra propuesta de vida. Se orientan si tienen orientaciones. Los límites sirven fundamentalmente para poder controlar su angustia y se justifican para impedir lo irreversible.
3. No hace falta que les expliquemos lo que hacíamos cuando teníamos su edad. Nuestra experiencia no es su experiencia, aunque estén viviendo lo mismo. Podemos caer en la tentación de explicar “batallitas” sólo si nos las preguntan.
4. Convivir con adolescentes es aprender a madurar con garbo, a asumir nuestra “edad” con disponibilidad a mirar el mundo que va viniendo, el mundo en el que viven nuestros hijos e hijas. Se trata de ser maduros pero no carrozas.
5. Hay que estar dispuestos a tener algo en común con ellos y ellas. Por ello hay que dejarse enseñar y enredar en alguno de sus intereses de vez en cuando.
6. Debemos conseguir que haya otras personas adultas positivas en sus vidas, facilitar que tengan buenos tutores o que en sus actividades haya “monitores” con preocupación por sus vidas. No estaría de más ampliar nuestra preocupación hacia los hijos e hijas de otros.
7. Siempre se trata de mirar, escuchar, observar, a veces preguntar y otras participar en sus afirmaciones, diálogos y discusiones.
8. No debemos estar pensando siempre en problemas. Pero, hay que aprender a intuirlos, sabiendo encontrar el momento oportuno para intervenir y ayudarles.
9. A veces, hay que ayudarles a que se dejen ayudar... por otros.
10. Se trata de no rivalizar con ellos y ellas (siempre serán más jóvenes y mejores). Se debe disimular la envidia. No hay que dar por bueno ni aplaudir todo lo que hacen para mantener el buen rollo. No debemos pretender que se “enamoren” de quien nosotros nos enamoraríamos.
11. Sería preferible no andar más estresados que ellos y ellas para ayudarles a conseguir momentos de calma y seguridad. Nuestros desequilibrios también tienen que ver con sus vivencias de seguridad.

12. Tienen derecho a equivocarse y debemos permitir que ocurra. Sólo debemos pretender que no tenga demasiados costes y que puedan recuperarse con facilidad.
13. Se trata de dejar que, poco a poco, se vayan alejando.
14. No estaría de más recordar que no enseñamos sino que ayudamos a descubrir que no saben, sin que tengan que reconocerlo y sin que finalmente nos den las gracias. A menudo cuesta aceptar que semejantes personajillos nos den lecciones.
15. No “nos” fallan, no “nos” sacan buenas notas. No han de ser nuestros hijos. Han de ser ellos y ellas.

¹ Este texto proviene del libro **“EDUCAR EN LA ADOLESCENCIA. 9 Ideas clave”**. Editorial Graó. Barcelona 2010. Es el resumen final de la *Idea clave 8: Hacer de padre o de madre todavía es necesario. Todo comienza por conservar la paciencia y no desesperarse.*